

TRIBUNA DE LA VANGUARDIA

TRES PUNTALES

EL FONDO DEL ASUNTO

El proceso Watergate parece seguir un interminable camino al que por el momento no se le ve fin. Cada día trae una nueva sorpresa y quizá lo que se discute sea el trozo del «iceberg» que sobresale de la superficie, mientras que un enorme volumen queda —y acaso quedará— oculto porque su exposición completa daría al traste con el entero sistema institucional de los Estados Unidos. Cuando se pone en peligro el cuadro político dentro del que se mueve la vida pública de un país, un estremecimiento recorre las fibras de cuantos de una u otra manera tienen algún sentido o función de responsabilidad en la marcha del mecanismo. De ahí, la cautela última que se observa en personalidades de ambos partidos en lo que atañe al presidente. No es que Nixon, sea simpático o antagónico a críticos, amigos o adversarios, sino que la interrupción de su mandato como consecuencia del escándalo repercutiría de un modo irremediable en el prestigio del Poder ejecutivo, eje fundamental del Gobierno presidencial en los Estados Unidos.

¿Cuál es el motivo esencial que ha prestado gigantescas alas al escándalo? En todas las campañas electorales —se nos dice— hay un clima pasional en que, si no «vale todo», quedan levantadas en buena medida las vedas de actitudes, palabras y maniobras para los contendientes. Quizás —se añade— en otros comicios hubo también en Norteamérica espionajes, golpes bajos, corrupción y mala fe. ¿Por qué ahora tanto y tan espectacular revuelo? ¿Es que no hubo antes en los periodos de elección, irregularidades de todo orden que eran ignoradas por el común de los partidos, como episodios pasajeros y en ningún caso consideradas como neurálgicamente importantes?

Yo creo que el fondo del asunto Watergate no es tanto la corrupción que revela, ni los métodos empleados por ciertos elementos del partido republicano, ni la extensa complicidad de las maniobras realizadas contra el candidato demócrata. Watergate revela sobre todo una actitud, una mentalidad, un espíritu predominante en los más altos niveles del Ejecutivo que ponen en tela de juicio la esencia del sistema democrático, basado en un manido de principios que durante doscientos años los políticos de diverso signo de la gran República se han encargado cuidadosamente de mantener incólumes por encima del tiempo y de las circunstancias.

El presidente es, ciertamente, el hombre de un partido que lo hace elegir bajo determinado rótulo y programa. Pero una vez nombrado presidente, lo es de todos los norteamericanos sin excepción. Esta afirmación no es utópica, ni semántica, sino real y tangible. Sus amplios poderes son frenados no sólo por el equilibrio constitucional del Congreso y del Poder Judicial, sino por la propia limitación que el presidente se impone escrupulosamente para no desbordar los límites de la función. Nixon ha creado en su turno un clima distinto, que no tenía precedentes en la historia de la Casa Blanca. Se rodeó de un equipo y trabajó en equipo con un grupo bastante nutrido de profesionales eficaces. Ese núcleo era en realidad un super-Gobierno que manejaba los hilos de la política interior y exte-

rior. Es posible que su eficacia en orden a los resultados haya sido incomparablemente mayor que la de otros presidentes. Pero el entregar a unos cuantos hombres incondicionales, sin ninguna vinculación con el Congreso y por consiguiente con las corrientes predominantes de la opinión pública, tanto poder, era, sin duda, un riesgo que ha producido el enorme desaguisado presente.

Lo que revela el proceso Watergate es que para esos hombres el fin justificaba los medios. Si había que espiar, se escuchaban los teléfonos, se robaban los archivos, se asaltaban los ficheros, y se invadía por cualquier procedimiento la intimidad de las gentes. Si era preciso sabotear al adversario, se fingían campañas de opinión, telegramas de adhesión o se llenaban de agentes provocadores las organizaciones adversarias que destripaban los actos públicos, interrumpían a los oradores y ponían en entredicho a los candidatos con historias referentes a su vida privada. Hasta ahí la cosa era grave. Pero donde se atravesó la frontera de lo inaceptable es cuando se supo que servicios de información como el FBI o la CIA, se prestaron a apoyar las operaciones antes mencionadas con el peso de su prestigio y su experiencia. Ello plantea un problema de principio, básico para la subsistencia de las formas democráticas en un país. Y es éste: ¿Hasta dónde puede el Ejecutivo que procede de una libre elección entre partidos diversos utilizar los instrumentos del Estado que luchan contra la delincuencia, la subversión y el espionaje exterior, para atacar al adversario político que en turno abierto, legal y pacífico, supone una alternativa de Gobierno en el futuro? El FBI o la CIA no pueden politizarse interiormente. De lo contrario, como ha dicho un eminente senador, «se convertirían en la Gestapo».

Ese es uno de los puntos neurálgicos del asunto. El abuso de poder que supone emplear servicios secretos del Estado que deben ser neutrales, salvo en su cometido específico, para llevar a cabo actos poco correctos, contrarios al «fair play», ilegales en suma, con objeto de asegurar la derrota del adversario político. El norteamericano ha comprendido perfectamente que por ese camino se iba hacia el despotismo y hacia la muerte de las libertades civiles. Por eso la reacción de la opinión ha sido tan extensa y profunda a la vez. Y por ello también ha sido tan desmadrado y tardío el comentario de la prensa soviética a Watergate. Parece, en efecto, difícil que en la Rusia actual la utilización de los servicios policíacos o de seguridad por un Gobierno para vigilar a los ciudadanos pueda sorprender a nadie como algo insólito o excepcional.

El otro aspecto que ha causado mayor impacto en la opinión es comprobar cómo colaboradores eminentes de Nixon, que no pertenecían al «equipo» de la Casa Blanca, aceptaron de buen grado cooperar o tolerar que este tipo de actividades se realizara dentro del ámbito de su jurisdicción. Así ocurrió con Kissinger, que dejó espiar a varios de sus ayudantes más cercanos a los que se suponían indiscretos o partidarios del

partido demócrata. Así sucedió con Alexander Haig, el más prestigioso de los generales jóvenes americanos, que fue uno de los artífices del armisticio de Vietnam. Finalmente Richard Helms, jefe de la CIA, fue conocedor de los abusos practicados con la complicidad de subordinados suyos y a pesar de su reconocido prestigio e independencia resultó incapaz de impedirlo.

¿Qué se deduce de ello? ¿Que Kissinger, Haig o Helms sean malos americanos?, se pregunta el «New York Times». No ciertamente, sino americanos eminentes. Lo malo, dice el periódico, es el sistema empleado. El andamiaje nixoniano era tan sutil y maquiavético que nadie sabía a quién acudir en la Casa Blanca en demanda de explicaciones o en vías de presentar una protesta o una discrepancia. El camino de acceso al Poder estaba vedado. Lo importante era ganar como sea la elección. Y una vez alcanzado el triunfo, mantenerse en el Gobierno como fuera.

Si. Es difícil, sombrío y turbio el fondo de este asunto. Porque están en juego ecuaciones delicadas de poder, lealtad, obediencia y moralidad en proporciones desiguales, ha escrito James Reston. ¿Hasta dónde obliga, en efecto, la lealtad debida cuando un colaborador de altísimo rango percibe claramente la inmoralidad de los actos que por obediencia debe ejecutar? En un sistema cerrado, ya lo sabemos, no hay generalmente opción y los generales y altos funcionarios hitlerianos procesados por crímenes de guerra ilustraron con amplitud el dramático tema. Pero, en una sociedad abierta, ¿no cabe el derecho de rebelarse?

La sociedad norteamericana ha tenido tres puntales en que apoyarse para reaccionar contra los abusos del poder cuando se descubrieron. Uno fue el Congreso, hace tiempo hostil al presidente y no sólo por la mayoría numérica del partido demócrata en ambas Cámaras, sino por haber sido sistemáticamente ignorado por Nixon en ocasiones cruciales relacionadas con el conflicto del Sudeste asiático. Otro ha sido el Poder Judicial, independiente, inasequible a la presión política y al soborno, y firme en su objetividad tradicional. El tercer puntal han sido los medios de comunicación social y en primer término la prensa. Esa prensa independiente, liberal y abierta que tantos dictarios recibió de Agnew, el vicepresidente, que llamó de todo a sus propietarios y redactores, acusándolos poco menos que de estar al servicio del enemigo exterior y de la subversión interna y de ser opuestos a la «ley y el orden», slogan favorito de la candidatura republicana en las elecciones.

Ahora se ha visto que la ley era un embudo y el orden una desviación abusiva del poder. Pero también se ha demostrado que el sistema democrático, pese a sus muchos inconvenientes, está en los Estados Unidos vivo y que la colectividad se despierta de vez en cuando para corregir sus errores humanos.

José María DE AREILZA

PARA TODOS LOS GUSTOS

LA CÚPULA Y EL CAMPANARIO

EN este punto, D'Ors tuvo un precursor aproximado en el abate Ponz. Ya saben ustedes a qué me refiero: al contraste de significaciones, casi de símbolos, que don Eugenio estableció entre la cúpula y el campanario. La cosa no viene del «Glosario», sino del «Nuevo Glosario», o quizá del «Novísimo». No importa, de todos modos. Pudo ser una lección de 1910. Al fin y al cabo, el pensamiento orsiano no cambió mucho en el curso de los años: nació «adulto», y apenas tuvo necesidad de evolucionar. En sus vejez, don Eugenio no hacía más que repetir lo que dijo en sus mocedades; con otra lengua, con otro acento, con más resabios, pero sustancialmente lo mismo. Xenius montó el sonriente tinglado de su doctrina sobre algo que parecía una «dialéctica», y que tal vez no pasaba de ser un «maniqueísmo»: en todo caso, pretendió ser una «dialéctica», y a ratos lo fue. Pongamos: una lucha entre el Bien y el Mal, o sea, entre lo Clásico y lo Barroco, o sea, entre la Unidad y la Dispersión, o sea, entre el Orden y el Caos, o sea, entre la Línea y el Color, o sea, entre lo Masculino y lo Femenino, o sea, entre la Universalidad y la Localidad, o sea... Las parejas antagónicas son multiplicables hasta el infinito. Una de ellas, emblemática, involucra a la Cúpula y al Campanario. La Cúpula, por supuesto, pertenecía a la serie «positiva»...

Este juego de simplificaciones y de oposiciones daba mucho de sí, en la rizada pluma del señor Ors. Y su prestidigitación era, a menudo, de una limpieza colosal. Con un repertorio relativamente vasto de referencias sacadas de la historia de la Cultura —y de la historia «tout court»—, Xenius solía articular unos espectáculos de alta pedagogía cívica que admiraban, si no convencían, a sus lectores. Les dejaba boquiabiertos, al menos. El, un día, de joven, descubrió que había sonado la hora de entonar «la Marsellesa de la Autoridad», y se pasó la vida vociferándola. Incluso de manera poco «serena» en algún momento... La Cúpula le vino como anillo al dedo. En principio, le facilitaba un ejemplo: la podía relacionar con anécdotas o ambiciones que encajaban con el diseño del «eón» preferente. Don Eugenio pensaba en Italia, más que nada. La Cúpula representaba la Unidad y la Universalidad: hasta su misma figura geométrica inducía a certificarlo. El Campanario, por contra, sugiere la idea del despego insolidario, de ir cada cual por su cuenta, del desafío particularista, y no en balde la fórmula «política del campanario» lo corroboraba. La Cúpula encarna la concentración de voluntades, armoniosamente doblegadas, coincidentes en un remate jerárquico; el Campanario sería el disparo insolente, lugarero, faccioso... Sospecho que, en la homologación, fallaba algo: un con-

tradictor freudiano habría objetado a D'Ors la identificación del Campanario con lo Femenino y de la Cúpula con lo Masculino...

Pero nuestro particular filósofo habría desdenado tan quisquillosas como obscenas retenciones. A don Eugenio no le gustaba Freud, y no precisamente por las mismas razones que a mí me inclinan a desconfiar del Gran Circunciso de Viena. Freud fue un literato de envergadura sofoclea, shakespeariana, racinesca, y «sólo» eso. Pero no conviene divagar... D'Ors —iba diciendo— se empeñaba en enfrentar la Cúpula y el Campanario. ¿Había leído el «Viaje de España» (1774) de don Antonio Ponz?... Cuando en las cátedras de literatura de las Universidades celtibéricas —empezando por Barcelona y Madrid— se desprecian de su modorra medievalizante, o descubran la mediocridad fatal de sus temas ochocentistas, cabe la posibilidad de que alguien se interese académicamente por Xenius. Xenius merece unas cuantas tesis doctorales esclarecedoras. Este punto sería curioso: las fuentes orsianas en materia de arte. ¿Leyó a Ponz, don Eugenio? Le cité alguna vez, si mal no recuerdo. Una cita, unas citas, no son nada, en ocasiones. Quizá proceden de una lectura indirecta: de otra cita. No sé: no me atrevería a aventurar una opinión. La obra de Antonio Ponz arrastra una cierta fama erudita, desde luego. Los «Viajes» valencianos del XVIII son extraordinariamente útiles: el del padre Villanueva, de Xátiva, y el del abate Ponz, de Begís, el uno para las letras y el otro para las artes. Sólo que, a comienzos del XX, y después, únicamente eran consultados por los especialistas de ambos ramos. Me temo que D'Ors —especialista en ideas generales—, a lo sumo —no se animase a bucear en Ponz.

¿O sí?... En el tomo IV, carta VI, párrafo 16 —si mis notas no mienten—, del «Viaje de España», encontramos unos comentarios del abate Ponz donde cúpulas y campanarios quedan sometidos a juicio. Recordaré, de paso, que don Antonio Ponz fue un clérigo típico de la Ilustración hispánica. La Ilustración, en esta península, tendió a la discreción, y nunca estiró más el brazo que la manga, en cuestiones de fondo: ni el padre Feijóo, ni don Gregorio Mayans, ni el reverendo Finestres, de Cervera, salieron nunca de sus respectivas sacristías. Personas de una piedad incontestable —Mayans fue tan piadoso, que hasta le acusaron de jansenista—, evitaron meterse en líos relacionables con el Dogma o con la Moral. Tropezaron siempre con algún «ultra», pero eso es secundario. Con las «artes», el margen de libertad era mayor, y don Antonio lo aprovechó. Tampoco me sorprendería que sus libros fuesen denunciados al Santo Oficio por algún cura rural. En todo caso, Ponz se limitaba a hablar

de edificios, de altares, de pinturas. Su punto de vista tuvo que ser el de un «neoclásico» absoluto. Le angustiaba el gótico, para empezar. Y ante el barroco, sus náuseas se traducían en escritura excitada. Naturalmente, «viajar» por la España de finales del Setecientos era un permanente roce con el gótico y con el barroco. El gótico venía de lejos; el barroco lo habían promovido los canónigos y los jesuitas más atrevidos. Ponz examinó malhumorado esa herencia. Y la denunció en términos enojados.

En nuestras latitudes, con una aristocracia poco aficionada a la suntuosidad —castillos aparte— y con una burguesía módica y apagada, el «arte» quedó en manos de la Iglesia. Los curas y sus clientes daban el tono. No ha de extrañarnos que Ponz —eclesiástico como era, además— concediese una particular atención a los templos y a su contenido. De las fábricas, don Antonio Ponz se preocupó de la ambivalencia cúpula-campanario. No lo hizo con la trastienda maliciosa, política y retórica, con que lo haría después don Eugenio D'Ors. Ponz y D'Ors convergían en ser «neoclásicos»: Ponz lo fue cuando era lógico serlo, y D'Ors lo simuló cuando el asunto ya resultaba de una aberración tonta. Al abate Ponz le irritaban los campanarios. El hecho de que le irritasen nos ayuda a comprender la molestia orsiana frente a las torres de campanas: Xenius, empapado de prejuicios setecentistas, es decir, «neoclásicos», de un volterrianismo al revés —rehacer contra Voltaire el «Diccionario Filosófico Portátil» de Voltaire—, predicaba—, hubo de experimentar ascos parecidos a los de Ponz. Les dio una proyección capciosa, sin duda. Pero la complicidad de afinidades era profunda. Leyese o no a Ponz don Eugenio. Ponz, a su nivel, no atribuyó a los campanarios una ignominia «a-histórica», de «constante» crapulosa. Ilustrado como era, era circunspecto con la historia. D'Ors, con sus malabarismos presuntamente historicistas, navegaba en el vacío intemporal, y metía la pata.

El pasaje de Ponz es, por otra parte, divertido. Se reduce a Valencia. Eso que llamamos «historia», en Valencia, obligaba a pensar en los moros. Yo creo que era un error, pero vale como error. «Casi todas las parroquias y conventos de Valencia tienen altísimas torres para las campanas», escribe don Antonio. «Edificios más costosos que útiles», añade. Y lo de la utilidad podría discutirse. La campana era una convocatoria, y su alcance —pura ingeniería, con cálculos acústicos— constituía una ventaja relacionable con la altura de la torre. «Ningún reino de España tiene tantos ni tan encumbrados como éste», apuntaba Ponz, hablando de los campanarios valencianos. «Si en su lugar se hubieran hecho buenas cúpulas u otras obras

de sería arquitectura, quedaría más grandiosa la ciudad...» ¿Cuántos campanarios contó, luego, Víctor Hugo, en sus «españoladas» versificadas, refiriéndose a Valencia? Centenares. A Hugo le entusiasaban: era un romántico. D'Ors me aprobaría la observación. «Desde lejos hacen un efecto ruin y mezquino», agrega Ponz, con el plus de reprocharlos «la ridiculez y la extravagancia». «¿Qué necesidad hay de poner las campanas en aquella altura, abandonándolas al poder de los muchachos, para aturdir, las más de las veces, al vecindario?». Por «muchachos» habrá que entender, aquí, monaguillos. Y sigue mi tesorero: «Me alegraría de que este uso de tantas y tan altas torres se deterrase a tierra de moros, que es de donde se supone que vino...». Moros hubo en el País Valenciano, y muchos —una tercera parte de la población— hasta 1609: hace cuatro días, como quien dice. En 1609 les expulsaron a todos, o a casi todos. ¿No se equivocaba mosén Ponz al cargar las tintas sobre los morabitos evacuados?

Don Antonio Ponz no concede demasiada importancia a la Cúpula. Para un «neoclásico» como Dios manda, la Cúpula sigue siendo una verruga arquitectónica: el esquema sería el Partenón o, más exactamente, el Vitrubio. La alusión a los musulmanes, en definitiva, tiene su miga. En área islámica, los muecines necesitan una altura para sus salmodias: torres que «sirven para que ciertos sujetos de buen vozarrón avisen al pueblo en varias horas del día de algunas cosas pertenecientes a su creencia. Las campanas no se necesita que estén tan altas para oír las ni que sean tan grandes...». El azul del jansenismo se filtra en este detalle... Para Ponz, las cúpulas tampoco eran gran cosa. Si don Eugenio D'Ors hubiera visitado con más frecuencia el País Valenciano, y se hubiera fijado en los pueblos del trayecto, habría advertido que, aquí, no hay campanario sin cúpula, y viceversa. Para mayor inri, en mis latitudes, a la Cúpula se la suele llamar familiarmente «mitja-taronja» —media-naranja—, y la cosa no puede ser menos «ecuménica»... Yendo por la serpiente interpretativa de Xenius, llegamos a la conclusión más desconcertante: que hay «cúpulas» para todos los gustos. Las valencianas son de cubierta de tejas azules y brillantes, como sólo podían fabricarse en el siglo XVIII. Junto a cada «mitja-taronja» se levanta un campanario, y con campanas joviales y argentinas. La interpretación orsiana cae por los suelos. Y la de Ponz. La morisquería local no llegó a tanto... Si D'Ors leyó a Ponz, lo leyó mal. Y él no lo leyó, peor para él.

Joan FUSTER